

## SECTION 3: SPIRIT-LED STRUCTURES

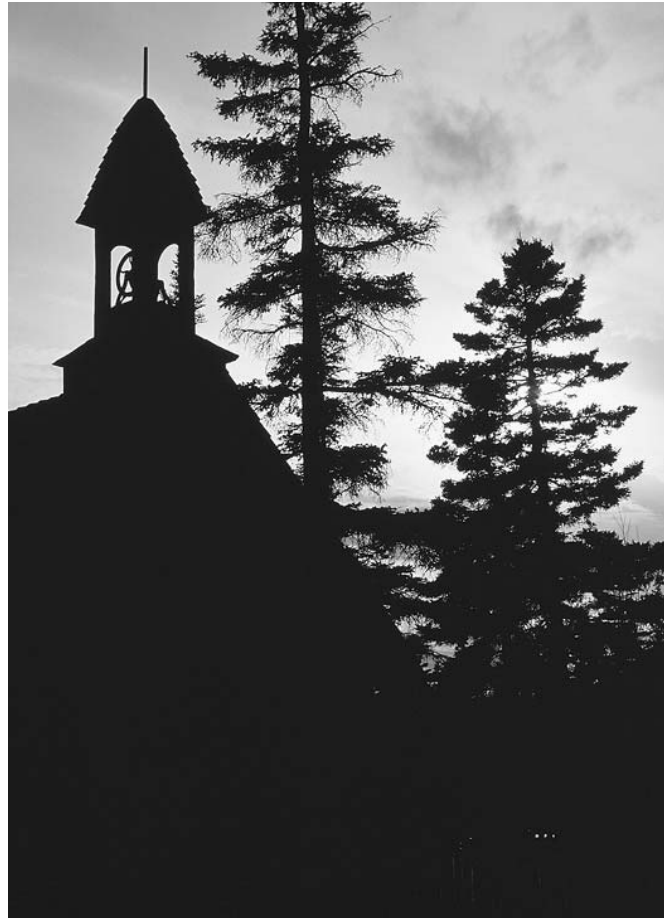
### CHURCH AS DOING OR BEING

Twenty-five years ago I made public my intent to leave the university and to enter seminary in response to God's call. My sense of call had been growing over several years, and I had finally resolved that it was to mission work. While seminary was not necessary for such an appointment, it was necessary to me as part of my own sense of preparation. I also came to believe it was one of the ways God worked in my life without my knowing it.

My church licensed me as an affirmation in sending me to seminary. They asked many questions during that process, but one haunts me. "Why do you think you can do ministry?" I covered lots of territory in my answer, but the part that makes me shudder was: "I understand the church better now than I ever have before."

After twenty-five years I affirm that I do know more now than I did then. Beyond that, I know more that I don't know. It would be easy (perhaps kind) to dismiss my answer as youthful arrogance. After all, I had been a youth leader, choir member, deacon, Sunday School teacher then Director, Church Training leader then Director, etc., etc. While I may not have had all the theology down, my first-hand experience had gotten me to the point that I could say with some confidence, truthfulness and credibility that I did understand church. The problem was that I understood church only from a functional perspective—the way we were organized, the programs we did, the events we created. Further, I understood church from only one functional perspective: an outreach-oriented church built around Sunday School. It never occurred to me that there could be other legitimate ways of doing church. More importantly, I had never even considered the question of what it means to be church.

From a functional perspective, the list of church types is long and growing—worship-oriented, activist, care-giving, humanitarian, missions, counter-cultural, evangelistic, seeker sensitive, missional, practicing, and emerging churches. Any could be the calling of God for a particular time and place. All are prone to the self-righteous arrogance that they are the only true way to do church. None adequately addresses the complete scope of mission and ministry by the church. Any could fall prey to misplaced, even if well-intended priorities.



Obviously, such a hodge-podge of church types has implications for ministerial training. Most of the approaches to church mission and ministry proposed in books, articles, conferences, and workshops tend to get reduced to the functional components whether intended or not. We act as if a church can "choose" its primary function (worship oriented, activist, care-giving, humanitarian, missions, counter-cultural, evangelistic, seeker sensitive, missional, practicing, or emerging). The renewal "program" then consists of consolidating resources, creating action plans, even re-organizing and re-staffing to actually accomplish the chosen function.

I will not dismiss any of these; they are good habits to develop. However, I am not sure any church is free to "choose" its function. Instead, churches should discern what God is calling them to be first and foremost. Functions (program, events, staff) flow from and are shaped by that call. Unfortunately, God's call may not coincide with our preconceived notions or personal preferences! (After all, I was pretty sure I had a call to medical missions.)

All the attention given to functions—to the things

we do—causes us to miss the “be” question. Who is God calling us to be as persons and as churches? I have come to understand that God’s primary call to me is to be a living disciple. The call to do medical missions, pastoral leadership, or denominational work is secondary to that “being” called.

This is also true for churches. I am convinced that God has called all churches to be spiritual communities built around faith in Jesus Christ. The key to faithful mission and ministry is discerning and responding to God’s call for this spiritual community in this particular time in this particular place.

While the call to “be” is unchanging, the things we are called to “do” as a result of our being can and should change as circumstances change. Yet it is the doing that captures all our attention. Churches consume months in reorganization wrangles. Churches are paralyzed by financial circumstances. Churches are internally divided over doing the things that attract new members, or doing the things that bring justice, or doing the things that care for people. It is essential to

define our mission and ministry in spiritual rather than purely functional ways.

Church is not about programs, services, and events. We can never be satisfied with busyness (even with good activities). Those things we do (and they are necessary) flow from the essential spiritual being of the church. Discernment about who we are and what we do is fundamentally a spiritual process. Over time, both individuals and churches forget who they are. We also become oblivious to the fact that God’s call may change, and we have not heard because we have not been listening!

*Abide in me, and I will abide in you. No branch can bear fruit by itself; it must remain in the vine. Neither can you bear fruit unless you remain in me ( John 15:4).*

.....  
DWIGHT STINNETT IS EXECUTIVE MINISTER, AMERICAN BAPTIST CHURCHES OF THE GREAT RIVERS REGION.  
© AMERICAN BAPTIST CHURCHES OF THE GREAT RIVERS REGION. USED BY PERMISSION.



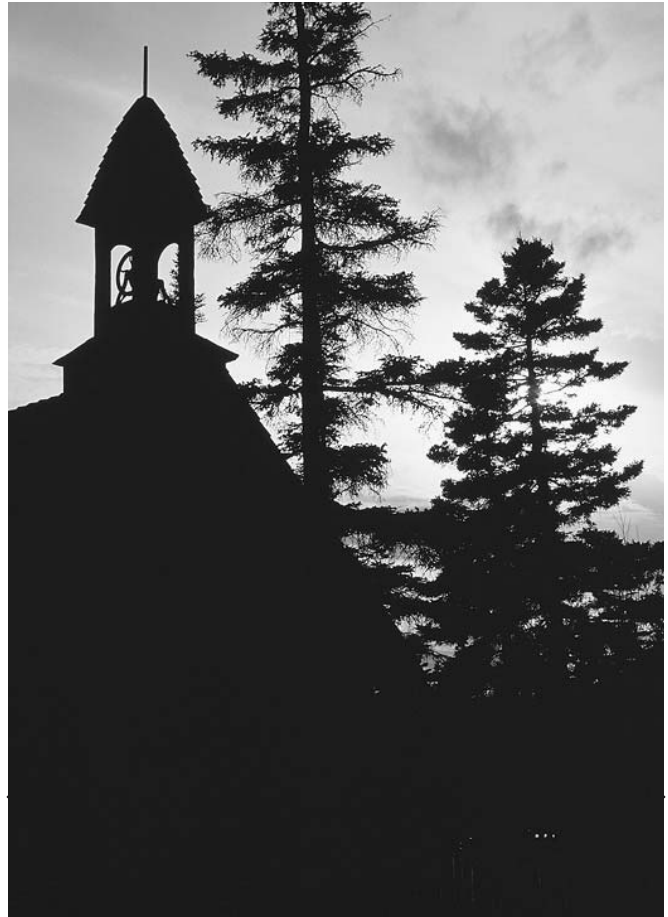
## IGLESIA QUE HACE O QUE ES

Hace veinticinco años hice pública mi decisión de dejar la universidad y entrar al seminario respondiendo al llamado de Dios. Mi sentido de llamado había crecido con los años y finalmente decidí que había sido llamado a la obra misionera. Aunque el seminario no era necesario para ese tipo de llamado, sí era necesario para mí, como parte de mi propio sentido de preparación. Además entendí que ésa fue una de las maneras como Dios trabajó en mi vida sin yo saberlo.

Mi iglesia me licenció, como una afirmación, enviándome al seminario. Durante ese proceso me hicieron muchas preguntas, una de las cuales aún me sigue: “¿Por qué piensas que puedes ministrar?”. En mi respuesta, cubrí muchos aspectos, pero la que más me movió fue: “Ahora entiendo mejor la iglesia de lo que la he entendido jamás”.

Después de veinticinco años, afirmo que sé más ahora de lo que sabía en ese momento. Más aun, sé más que no sé nada. Sería fácil (y tal vez bueno) dejar de lado mi respuesta y tomarla como arrogancia de la juventud; después de todo, había sido líder de jóvenes, miembro del coro, diácono, maestro y luego director de Escuela Dominical, líder y luego director de entrenamiento eclesiástico, etc., etc. Aunque sin tener toda la teología necesaria, mi experiencia de primera mano me había llevado al punto en el que podía decir con confianza, credibilidad y verdad, que yo entendía lo que era la iglesia. El problema era que yo entendía lo que era la iglesia solamente desde una perspectiva funcional—la manera en que estaba organizada, los programas que se llevaban a cabo, los eventos que se creaban, etc. Más aun, entendía lo que era la iglesia sólo desde una perspectiva: una iglesia orientada a alcanzar personas cuyos programas giraban en torno a la Escuela Dominical. Nunca se me ocurrió que podría haber otras maneras legítimas de hacer iglesia. Más importante aun, nunca había considerado la pregunta de lo que significa ser iglesia.

Desde una perspectiva funcional, la lista de tipos de iglesia es larga y sigue creciendo, orientada hacia la adoración, el cuidado, las misiones, el evangelismo, el activismo social, el apoyo humanitario, la contra-cultura, la práctica, nuevas obras, etc. El llamado de Dios podría ser para cualquier época y lugar. Cualquiera puede estar propenso a la arrogancia auto-suficiente de pensar que la suya es la única y verdadera forma de hacer iglesia. Ninguna trata de manera adecuada el alcance completo de la misión y el ministerio de la igle-



sia. Cualquiera de ellas podría caer presa de tener mal, aun con buenas intenciones, su orden de prioridades.

Obviamente, tal mezcla de tipos de iglesia tiene implicaciones para el entrenamiento ministerial. La mayoría de los acercamientos a la misión y al ministerio de la iglesia propuestos en libros, artículos, conferencias, talleres y cosas similares, tienden a reducirse—sea que lo intenten o no—a los componentes funcionales. Actuamos como si la iglesia pudiera elegir su función primaria (adorar, ofrecer cuidado, hacer misiones, evangelizar, hacer obra social, dar apoyo humanitario, etc.). El programa de renovación consiste entonces en consolidar recursos, crear planes de acción, incluso reorganizar y renovar el personal para lograr la función elegida.

No voy a invalidar ninguno de estos métodos, pero es necesario desarrollar buenos hábitos. Sin embargo, no estoy seguro de que ninguna iglesia sea libre de elegir su función. En lugar de ello, las iglesias deberían discernir lo que Dios les está llamando a ser. Las funciones (programa, eventos, personal) fluyen de y son formadas por ese llamado. ¡Desafortunadamente, el llamado de Dios puede no coincidir con nuestras nociones preconcebidas o preferencias personales! (Recuerden, yo estaba bastante seguro de tener el

llamado a las misiones médicas.)

Toda la atención que se da a las funciones –las cosas que hacemos– nos hace pasar por algo la pregunta del “ser”. ¿Quién nos llama Dios a ser como personas y como iglesias? He llegado a comprender que el llamado principal que Dios me hace es el de ser un discípulo. El llamado a hacer misiones médicas, liderazgo pastoral o trabajo denominacional es secundario a ese llamado de “ser”.

Esto es válido también para las iglesias. Estoy convencido que Dios ha llamado a todas las iglesias a ser comunidades espirituales, que giren en torno a la fe en Jesucristo. La clave para una misión y un ministerio fieles está en discernir y responder al llamado de Dios para una comunidad espiritual en un tiempo particular y en un lugar particular.

Mientras que el llamado a “ser” no cambia, las cosas que estamos llamados y llamadas a “hacer” como resultado de lo que somos puede y debe cambiar, conforme cambian las circunstancias. Sin embargo, lo que más capta nuestra atención es el hacer. Las iglesias gastan meses en disputas por reorganización; se paralizan por asuntos financieros; se dividen internamente por cómo hacer cosas que atraigan nuevos miembros, por hacer cosas que traigan justicia o por hacer cosas que brinden servicio y cuidado a las per-

sonas. Es crucial que definamos nuestra misión y nuestro ministerio de manera espiritual en lugar de funcional.

La iglesia no consiste en programas, servicios y eventos. Podemos nunca estar satisfechos con estar ocupados y ocupadas, aun si la ocupación tiene que ver con cosas buenas. Pero esas cosas que hacemos (y que son necesarias) deberán fluir de ese ser espiritual esencial de la iglesia. Discernir quiénes somos y qué hacemos es fundamentalmente un proceso espiritual. Con el tiempo, tanto individuos como iglesias se olvidan de quiénes son. También nos volvemos olvidados del hecho de que el llamado de Dios puede cambiar y que no lo hemos oído porque no hemos estado escuchando.

*Permanezcan en mí, y yo permaneceré en ustedes. Así como ninguna rama puede dar fruto por sí misma, sino que tiene que permanecer en la vid, así tampoco ustedes pueden dar fruto si no permanecen en mí. (Juan 15:4, NVI).*

.....  
DWIGHT STINNETT ES EL MINISTRO EJECUTIVO DE LAS IGLESIAS BAUTISTAS AMERICANAS DE GREAT RIVERS.  
© USADO CON PERMISO DE LAS IGLESIAS BAUTISTAS AMERICANAS DE GREAT RIVERS.

